

Como prerrogativa ejemplar, aparece la solidaridad humana en el pensamiento de San Pablo. De tal modo que para el Apóstol, si padece un miembro, juntamente padecen los demás, y si gozan, todos participan de tan sana alegría. Así les dice: Acogeos los unos a los otros, como también Jesús os acogió a todos para gloria de Dios.

Del estudio del cuerpo místico, cuya cabeza es Jesucristo, San Pablo va deduciendo, con cifras de luz, los grados de íntima solidaridad que deben vincular a lo divino, los miembros de la Iglesia: Si Cristo es principio íntimo de los corazones y aglutinante enérgico de cuantos integran la vida cristiana, el Espíritu Santo, como alma de la Iglesia, va despertando en la conciencia, una florida y creciente hermandad entre los hombres con alto sentido social avasallador.

La palabra del apóstol penetrante como cuchillo de doble filo, añade: «Sed cariñosos los unos con los otros»; «gozaos con los que gozan»; «llorad con los afligidos»; «tened los mismos sentimientos, los unos con los otros; no alzando la mirada a cosas altas, sino allanándoos hacia los humildes. Que la humildad es el más firme sostén de la caridad».

El corazón de San Pablo se consume en el amor a los hombres. Porque la caridad es factor decisivo en la vida humana. De este modo amonesta a los suyos. Todas vuestras cosas se hagan en caridad. La plenitud de la Ley, es para San Pablo, la caridad: *Plenitudo ergo legis est dilectio*, dice a los romanos.

Van contra la ley de la caridad de Dios, los que pretenden reducir los vuelos de esta vigorosa virtud teologal, sobreponiendo la «justicia social», como única rectora de la vida comunitaria. Mas por muy amplio que sea su florecimiento, la justicia humana, jamás llenará el hondo vacío de nuestro corazón chispeante de lumbres inmortales. Por minuciosa y detallada que sea la justicia social, siempre queda un ancho cauce a la ley del amor de donde brotan las más generosas y meritorias ofrendas de las almas.

Gocemos en este memorable centenario con iluminar la vida de cada uno, con las ingeniosas enseñanzas del Apóstol en orden a la divina caridad, de la que fluye como copioso surtidor, todo ese amplio «sentido social» de sus hermosas Epístolas:

Es un homenaje de gratitud, que los españoles, debemos al Apóstol San Pablo.



M u s t e

I

En la hondonada fértil de la Vera:
—cada árbol, titán que el cielo roza—
por donde, en vena múltiple, retoza
el agua, haciendo surco en la pedrera;
el madroñero, el roble, en la ladera
bajan al muro, que su paz reboza
entre el nuevo sillar que le remoza
y la musgosa ruina lastimera.
Peso, línea, silencio, escudos, cielo...
lujo de helechos, violas y jacinto
sobre los folios viejos de su suelo.
La fuente, que no duerme, en el recinto
llena entre los cipreses su desvelo
rezando por el César Carlos Quinto.

II

Aun impaciente la imperial tizona,
cuando la gota el palafrén prohíbe,
aquí el Emperador reza o escribe,
—padre y Caudillo—, libre de corona.

Oye a Boecio, vísperas entona
 y a Santos en su cámara recibe.
 Algo goloso en sus yantares vive,
 mas duerme entre tapiz de negra lona.
 Su habla natal olvida cuando reza,
 pues Dios prefiere el recio castellano,
 pero le alegra un jarro de cerveza.
 Chancea a lo señor, discreto y llano.
 Piensa en la Emperatriz, su efigie besa...
 Y muere en paz como ejemplar cristiano.

III

Carlos el César, este templo sabe
 —si van Historia y fábula acordadas—
 que asistió a sus exequias simuladas
 y aquí sonó su «Requiem», cierto y grave.
 Hoy gregoriana música suave
 oyen las monacales madrugadas
 y a cada Hora, alegres campanadas
 hacen chillar en su tronera al ave.
 Un agreste paisaje repetido
 en el cristal de breves agujeros;
 lechos de tablas, campos del olvido;
 rumor de agua y árboles cimeros...
 Huesas de monjes huellas distraído
 que fueron en el mundo caballeros.

FRANCISCO BALAGUER, PBRO.

Figuras de las letras

El novelista asturiano Alejandro Núñez Alonso

UNA llamada telefónica me ha puesto en comunicación en mi amada ciudad de Cáceres con el gran novelista asturiano Alejandro Núñez Alonso, a quien conocí en el mes de mayo de 1955 con motivo de la celebración de las Jornadas Literarias de la Alta Extremadura de las que dejó —en la prensa y en el libro— la debida constancia de su paso por la tierra parda un selecto grupo de escritores españoles.

(Debo mucha gratitud al fino escritor por haberse ocupado de mi humilde persona en el volumen dedicado a las Jornadas citadas y por las distinciones de que me ha hecho objeto.)

No había vuelto a ver desde entonces al eximio escritor por lo que la alegría que me ha producido su inesperada visita ha sido enorme.

Alejandro Núñez Alonso —que nació en Gijón en 1908— pertenece a la pléyade que ha sabido colocar muy alto el pabellón asturiano.

Después de estudiar Filosofía y Letras marchó a Méjico, donde permaneció veinte años haciendo periodismo activo en los «Universales», bajo la dirección de Gómez Urgate y Noriega Hope.

Desde Méjico, Núñez Alonso saltó a Estados Unidos, Canadá, Norteamérica y Brasil, países que conoce perfectamente.

Allí, en Méjico, irrumpió en la novelística; se inició como novelista publicando «Kouco», «Mujer de media noche» y «Días de huracán».

Hace ya bastantes años que Núñez Alonso volvió a España —reside en Madrid—, no sin antes haber permanecido en Roma y París como corresponsal de la Agencia «Informaciones de Méjico».

Casado con una distinguida dama mejicana, Núñez Alonso tiene un sólo hijo, Sergio, de 26 años, que actualmente está destinado en la Embajada de Méjico en Addis-Abeba, en Etiopía. Precisamente de dar un cariñoso abrazo a su hijo en Lisboa viene ahora el autor de «El lazo de púrpura», a quien —hora es ya decirlo— encuentro excelentemente, estupendamente.

Y como entiendo que, con lo anterior, tendrá el lector lo suficiente de entrada, paso al diálogo que he sostenido con el novelista.

—¿Qué prepara actualmente?

—«Cuando Don Alfonso era Rey», novela que se desarrolla en la época de la Dictadura. Aunque el título haga pensar otra cosa es una novela moderna. Trata de la crisis que se produce en el individuo en la transición del paso de hombre social a hombre estatal. El